

Pseudología fantástica, disociación y espacio potencial en el tratamiento de niños ¹

Charles W. Dithrich, Oakland, CA

INTRODUCCION

En la mayoría de los tratamientos de niños sucede que cuentan mentiras. Pueden ser mentiras grandes o pequeñas, mentiritas o mentiras importantes, y ser distintas en cuanto a su función defensiva, a los afectos y fantasías inconscientes que opacan y al papel general que juegan en la personalidad del niño. La mayor parte de nuestros pacientes infantiles en algún momento cuentan mentiras de conveniencia, tales como: "Por supuesto que terminé mis deberes". Otros mienten para evitar el castigo: "No, esas marcas en el brazo de mi hermano no son de mis dientes". Estos aspectos de la mentira pueden encontrarse en cualquier niño, sin importar el diagnóstico. Las formas más severas de la mentira, muchas veces acompañadas por acting out, tienden a ocurrir en niños sociopáticos o con trastornos de carácter, y marcan un abandono radical de la norma social.

Todas las mentiras descansan en la negación, se las utilice contra fuentes externas o internas de ansiedad. Un niño puede mentirle a sus padres sobre no pasar un examen, y así impedir las consecuencias desagradables de la desilusión inevitable de sus padres. La mentira funciona intrapsíquicamente ofreciendo protección frente a los afectos dolorosos y las fantasías asociadas al

¹ © Publicado en: *The International Journal of Psycho-Analysis*, 4, vol.72, 1991.
Presentado en la División de APA de encuentros psicoanalíticos. Marzo 1990. Nueva York.

fracaso de alcanzar metas internas. La mentira puede servir como ataque desafiante, minimizando implícitamente la importancia de los valores y las aspiraciones parentales. Las mentiras implican secreto y por lo tanto exclusión. Las mentiras son por definición intencionales, sin embargo pueden volverse respuestas automáticas y caracterológicamente crónicas, a veces de un modo tan extendido que el paciente puede comenzar a creer en sus fabricaciones. Las mentiras se han vuelto tan entretejidas dentro de la tela de la sociedad que el público en general las espera y perdona, como vemos frecuentemente en la política.

PSEUDOLOGIA FANTASTICA

Una variante de la mentira que difiere en cierto modo de lo mencionado hasta acá es la pseudología fantástica. La pseudología fantástica comprende la representación de ciertas fantasías como ocurrencias reales. Estas fantasías incluyen eventos dramáticos, grandiosos y exagerados reconocidos conscientemente por el paciente como falsos y sin embargo presentados como verdad.

El término pseudología fantástica parece haber caído en desuso ya que en las últimas décadas hay pocas referencias respecto a él. Quizá el más conocido es el trabajo de Fenichel de 1993, "El aspecto económico de la pseudología fantástica". Fenichel sintetiza el papel defensivo de la pseudología en la negación de la realidad desagradable y su reemplazo por otra mejor, y lo asimila a la creación de recuerdos encubridores. Una diferencia importante, por supuesto, es que el paciente cree que el recuerdo encubridor es un reflejo preciso de la historia, mientras que la pseudología fantástica es por lo menos parcialmente una construcción mental consciente. La fantasía exagerada ayuda a mantener el equilibrio narcisista, y da lugar a fantasías inconscientes como hacen los sueños. Al discutir la negación, Fenichel ofrece como fórmula del paciente: "Si es posible, hace que alguien crea que las cosas no ciertas son ciertas, entonces también es posible que las cosas ciertas, cuyo recuerdo me amenaza, no sean ciertas" (p.133).

La ampliación de ciertas ideas de Winnicott y de Masud Khan proporciona una visión distinta. En la perspectiva de estos autores, la pseudología fantástica podría verse como la elaboración y

la explotación del falso self (Winnicott, 1960), asegurando una capa de secreto y privacidad al verdadero self subdesarrollado y vulnerable. Como tal, protege al verdadero self del paciente de la intrusión y la intromisión. El secreto que implica la pseudología fantástica (compárese con Kahn, 1983) proporciona un área inviolable donde la identidad subjetiva del paciente no corre riesgo. Mientras puede parecer que la creatividad está en juego en las fantasías que conforman la pseudología fantástica, la experiencia del paciente es fundamentalmente esquizoide y disociativa, y la reflexión acerca de sí mismo y la interpretación de la experiencia subjetiva están limitadas o ausentes. En términos de Winnicott (1971a), se utiliza el fantaseo más que la imaginación. Es por lo tanto, al menos una forclusión parcial del espacio potencial.

El mantenimiento de la pseudología fantástica implica apoyarse en la omnipotencia y en la creación de objetos subjetivos (Winnicott, 1971b) bajo el control exclusivo del paciente. La realidad externa es negada por un mundo interno encantador, seductor y excitante en donde cualquier cosa es posible. En algunos casos este mundo vívido y sin embargo bi-dimensional le permite al paciente aproximarse a la sensación de *ser real*. El paciente que se apoya en forma excesiva en la pseudología fantástica está en última instancia profundamente alienado de los otros.

Estas dos funciones de la pseudología fantástica, una, la adaptación defensiva a deseos conflictivos y la segunda, el mantenimiento de una identidad subjetiva, son cualitativamente distintas. En el material clínico que sigue espero ilustrar las formas en que el tomar en cuenta estas dos funciones nos informa sobre la naturaleza y el contenido de la actividad interpretativa.

MATERIAL CLINICO

Tom, un niño de 12 años que cursaba el séptimo grado, que vino dos veces por semana durante cuatro años, tenía propensión a los berrinches y parecía deprimido. Tenía pocos amigos con quienes jugar, y esto ocurría solamente si ellos o alguien hacían los arreglos. Sus notas eran bajas a pesar de un indudable potencial intelectual y creativo.

Tom vivía con sus padres, una hermana menor y la abuela materna en una casa grande, compartiendo un ala separada de la casa con su abuela. Los padres de Tom, que eran dueños de una empresa familiar, estaban bastante preocupados. Su padre, un hombre escandinavo apacible y afable unos años menor que su mujer, estaba exasperado y perplejo por cómo ayudar a su hijo. Ni animarlo ni castigarlo lo motivaban. Tom tomaba por supuesto todo lo que sus padres le proporcionaban y raramente estaba agradecido. Su madre, gorda y eternamente de buen humor, parecía más enredada que el padre en los dilemas de Tom. Hacía todo lo que podía para mantenerlo a flote, a veces llamando por teléfono a sus amigos para que jugara con ellos, y dictándole informes para el colegio que luego él entregaba como propios.

Se peleaba habitualmente con la hermana, tres años menor, y tenía disputas constantes por los deberes, que algunas veces incluían mentiras por tareas que realmente no había completado. Los padres de Tom agregaron que el niño podía ser imaginativo y divertido, pero que esas cualidades no eran muy obvias en el presente. En cambio, se hallaba apático, aburrido y propenso a ataques de llanto impotente.

Los padres de Tom se conocieron cuando el padre estaba visitando los Estados Unidos. A la larga se casaron y se instalaron en el país de origen del padre. Tom, el primer nieto, era adorado por la amplia familia extendida de su padre y parecía un niño feliz. Aunque la madre no admitía tener problemas emocionales propios, mi sensación inicial fue que debió estar deprimida y aislada durante esos tempranos años, como nativa de Nueva Inglaterra que no estaba familiarizada con el idioma ni las costumbres del país de su marido. Cuando Tom tenía 4 años la familia volvió a los Estados Unidos y se hizo cargo de la empresa de la abuela.

PRIMERA SESION

Tom era un niño rubio, de ojos azules y delgado, vestido prolijamente con jeans y una camisa abotonada hasta el cuello. Parecía ser, como dijo su madre, “una versión mía en pequeño”. Tom comenzó contándome de modo somero sus hobbies –dibujar y tocar el trombón– y después mencionó lo que realmente le

gustaba hacer: cazar. A pesar de que su padre poseía dos rifles no le estaba permitido usarlos, y esto le molestaba. Sin embargo, tenía una alternativa. Quería conseguir un traje de goma grueso y un rifle de aire comprimido con una mira infrarroja y tirarle a las ratas en las alcantarillas municipales. Quizá podría conseguir un empleo con el servicio de aguas local o poner un aviso como mercenario en la *Flea Market Gazette* (Gacetilla del Mercado de Pulgas).

La sinceridad de la propuesta de Tom me conmovió y me divertí, y pensé en la parte oral, carroñera de sí mismo con la que Tom debía estar en guerra en los túneles oscuros de su psiquis. Le dije que podía ver que estaba buscando la mejor manera de sentirse fuerte y poderoso y que quizá esta búsqueda lo dejaba a veces sintiéndose infeliz. Los ojos de Tom se llenaron de lágrimas; sin embargo le quitó importancia diciendo: “A veces me sucede. Los ojos se me llenan de lágrimas sin ninguna razón”. No reconoció su tristeza por mucho tiempo. Luego continuó presentando un aspecto en su terapia que lo caracterizaría por muchos, muchos meses –la producción de historias absolutamente fantásticas, su pseudología fantástica.

La primera comenzó inmediatamente después de sus lágrimas. Tom me contó de un amigo suyo al que consideraba un genio. Este muchacho hacía bombas y había construido un bunker completo escondido cerca del colegio de Tom. Durante las horas de clase su amigo genio arrojaba morteros y bombas hacia dentro del colegio rompiendo brazos y piernas y causando un alboroto general. Tom estaba evidentemente impresionado por las supuestas proezas de su amigo, y contaba esta historia en un estilo inexpresivo, excesivamente convincente a lo ‘Jimmy Stewart’.

En la segunda sesión Tom me contó acerca de su amigo tirando una bomba al aula, que le rompió las dos piernas a la maestra, la clavícula a la novia de Tom e hizo volar cuatro pupitres contra la pared. Me pregunté en voz alta si toda esta destrucción le preocupaba a Tom. Dijo que no. Le dije entonces que pensaba que debía ser difícil concentrarse con toda esta actividad en el colegio. ¿Cómo podía un chico hacer su trabajo? Tom aceptó que era difícil, y continuó narrando un incidente en un negocio donde una sierra circular se salió de control, saltó fuera del banco de trabajo, casi le rebanó el dedo, y terminó enroscándose en un poste, saltando todo el tiempo sobre su cable. A veces Tom se animaba

mucho contando sus historias y yo me sentía divertido y entretenido. En otros momentos me sentía desconectado de él, como si él y yo fuésemos dos miembros anónimos de una multitud escuchando a otra persona que habla, o como si los dos estuviésemos en nuestros propios mundos privados mirando juntos un video.

Trabajando primero con la hipótesis de que la pseudología fantástica de Tom representaba primariamente un esfuerzo defensivo para enmascarar cuestiones neuróticas, traté de apuntar a lo que creía que eran esas cuestiones. De hecho, cada historia que Tom contaba parecía estar pidiendo una interpretación, con ansiedades y afectos apenas disfrazados. Ansiedad de castración masiva, vulnerabilidad, preocupaciones acerca de la agresión—estaba todo allí, al parecer en la superficie. Sin embargo, cada vez que intentaba vincular una historia con lo que suponía era el afecto o la ansiedad subyacente, Tom agrandaba su historia. Señalar esta escalada tampoco servía. Las sesiones se habían vuelto rápidamente un escenario para sus cuentos chinos, y de no tener reuniones periódicas con sus padres no hubiera sabido mucho sobre su vida real.

A medida que pasaban las semanas, las historias de Tom se volvieron cada vez más elaboradas y se vinculaban secuencialmente de sesión en sesión. Me contó sobre juegos de guerra que jugaba en el colegio, y de cómo todo el colegio estaba dividido en dos campos. Era uno de los afortunados que podía montar en su propio tanque uni-personal, equipado con inofensivas bombas de estruendo las que podía, sin preocupación, arrojar contra sus compañeros. Describió todas las armas que usaban y cómo las Fuerzas Armadas de Estados Unidos estaban allí observando los procedimientos. Tom parecía contento de contar estas historias día tras día. Sin embargo yo comencé a sentirme intranquilo.

Después de seis meses los padres informaron que no había ningún cambio en su comportamiento excepto que parecía menos deprimido y que se enojaba más abiertamente en casa. Mientras a mí me animaron estos cambios, a los padres no. Su trabajo en la escuela era pobre, seguía mintiendo acerca de sus deberes, provocaba continuamente a su hermana, y casi no tenía amigos. Comencé a sentirme enojado y frustrado por sus historias constantes, y presionado por mis encuentros con sus padres. ¿Realmente pensaba que yo le creía?

Durante una de las muchas sesiones en que relataba juegos de

guerra en el colegio, traté de confrontarlo con su exageración, interpretando, o quizá más precisamente, insistiendo, que sus historias representaban intentos de evitar sentirse enojado e inferior. Me sorprendió cuando Tom respondió con un abrupto desplazamiento del material que clarificó la naturaleza de su ansiedad. Tom me contó que ayer había mirado un programa de televisión sobre un futuro holocausto nuclear. Aterrorizado, se había quedado despierto toda la noche pensando que una gran ciudad cercana había sido atacada y que él sería vaporizado en cualquier momento. Al final de la sesión Tom mencionó que no debía molestarme tratando de encontrar en el noticiero local de la noche la gresca que hubo en el colegio. La escuela había ordenado un total silencio de prensa. No se permitía la entrada a ningún reportero.

Vi que mi confrontación, motivada en parte por presiones contratransferenciales, había llevado a un incremento masivo de su ansiedad y a una clarificación correspondiente de ella. Al analizar mis emociones y fantasías contratransferenciales después de la entrevista (Boyer, 1990), me di cuenta que me había identificado con el uso que Tom hacía de la pseudología fantástica, y que estaba preocupado por ciertas dudas que me habían asaltado, especialmente en la faz temprana de mi carrera: que yo mismo era un fraude, alguien que finge ser un psicoterapeuta. La insistencia concreta de Tom sobre la verdad de sus fantasías la había sentido como una negación de mi presencia terapéutica, y por lo tanto como una amenaza a mi identidad profesional.

Darme cuenta de esto me ayudó a comprender que el sentido de identidad subjetivo de Tom dependía de su pseudología fantástica. Sin sus historias elaboradas se sentía vulnerable a ansiedades esquizo-paranoides aterrorizantes, tales como el miedo a la aniquilación. Me fue claro que debía respetar su pseudología fantástica y también su muy necesaria realidad subjetiva, y que no debía referirme por el momento a su función defensiva.

Comencé entonces a ver las fantasías de Tom no sólo como esfuerzos defensivos en el sentido clásico, sino como intentos abortados de crear un espacio potencial, un área de ilusión donde podía existir en forma viable. Tom se apoyaba desesperadamente en su mundo omnipotente, y mi aceptación de ese mundo era crucial para que fuera adquiriendo eventualmente la capacidad de renunciar gradualmente a él. Esta aceptación significaba renun-

ciar por el momento a cualquier esfuerzo de interpretar la resistencia, y me llevó a orientarme más de lleno hacia la contención y el holding. Estos términos elusivos y evocadores implican no tanto un cambio importante en la conducta externa sino un desplazamiento en el estado mental, como lo describió tan acertadamente Goldberg (1990).

El cambio en mi estado subjetivo implicó abrazar la visión de la realidad de Tom en lugar de desafiarla con las interpretaciones. Me di cuenta que nuevamente esperaba con ganas sus sesiones, y que sentía cada vez menos presión para producir mejoras en los síntomas de Tom a pesar de las expectativas obvias de los padres. Al relajarme y comenzar a jugar con Tom y sus historias, el contenido de su narrativa comenzó a cambiar. Mientras que anteriormente había emprendido sus proezas solo, ahora comenzó a contarme de un grupo del colegio al que pertenecía.

La patrulla de tránsito de Tom era una organización paramilitar que vigilaba la escuela de noche, protegiendo la propiedad y defendiéndola contra los vándalos. Tom había sido elegido líder y me llenaba de historias de sus proezas en la comunicación con sus amigos por los walkie-talkie y en ahuyentar a los intrusos con bombas cerezas. Mi desplazamiento interno del foco me llevó a extasiarme con sus historias y tanto me convencían sus aventuras que a veces me preguntaba cómo los padres lo podían dejar estar afuera toda la noche. ¿Sabían de las proezas peligrosas y heroicas que con tanta valentía emprendía? Mi inmersión en las fantasías de Tom, después de una época en la que me sentí bastante separado y distante, pareció señalar la creación de un espacio intersubjetivo entre nosotros.

Con el tiempo le dije a Tom que realmente parecía encarar sus obligaciones con responsabilidad, y si estaba familiarizado con la criminología. Le seguí diciendo que todos los criminólogos se interesan por la psicología del criminal, por el por qué hacen las cosas que hacen y ese tipo de cosas. Me preguntaba si Tom tenía alguna idea sobre estos vándalos y matones que merodeaban los salones del colegio a la noche. Tom pareció intrigado por el concepto de la psicología del criminal y ofreció sus ideas. Pensaba que estos muchachos no estaban contentos consigo mismos y necesitaban destruir cosas para sentirse importantes. Le pregunté si Tom alguna vez se había sentido así. Contestó que no e inmediatamente se lanzó nuevamente a sus historias mentirosas.

A la par de sus cuentos sobre las proezas como vigilante de los corredores de la escuela, Tom comenzó a contarme sus aventuras con su padre. El y su padre habían construido un submarino de dos metros y medio de largo a control remoto que llevaba a un lago secreto. En una isla, en el medio, Tom había construido un puesto de control casi invisible desde donde podía pilotear su barco. Era, por supuesto, el azote de la laguna y hundía a cualquiera que lo desafiase. Tom me contó que su padre actuaba como su asistente en las reparaciones y que transportaba al submarino desde y hacia la casa.

Pensé que el material en este momento reflejaba la lucha inicial de Tom para internalizarme. El que yo proveyera un ambiente sostenedor (holding) parecía haberle permitido a Tom comenzar a usarme y a desarrollar una naciente transferencia paterna. De igual modo que minimizaba el rol del padre en las excursiones con el submarino, tenía que minimizar el mío mientras yo intentaba explorar con él lo que había debajo de la superficie psicológica. Aunque Tom claramente disfrutaba de su tiempo conmigo, yo seguía siendo su audiencia cautiva que de tanto en tanto podía ofrecerle un pensamiento intrigante o dos, y de ese modo le permitía un control de tipo omnipotente sobre nuestras sesiones. Mis interpretaciones se ceñían estrictamente a las metáforas que él introducía, y por lo tanto dentro de un área de ilusión en desarrollo. Mientras escuchaba metafóricamente los conflictos sugeridos por la pseudología fantástica de Tom, pensaba que para él todavía sus historias no eran simbólicas. Tom continuaba exudando la confianza y la afabilidad usada por los conductores de programas de juegos de la televisión, y la chatura y la bi-dimensionalidad de sus historias hablaba de su raíz disociativa más que creativa.

Sin embargo, en este precursor de espacio potencial creado mutuamente (Ogden, 1990) Tom me podía escuchar hablándole a sus deseos de fuerza y admiración, de cómo era ser el líder de una banda de tránsito, de cómo se ejerce el poder y cosas de esa naturaleza. Sus movimientos desde el aislamiento solitario del tanque, hasta la autoridad que provenía de ser el líder de una patrulla de tránsito, y él y su padre controlando un gran submarino-falo, representaban sus esfuerzos por incrementar su proximidad con los otros y también al potencial para construir una identidad masculina.

En mis encuentros con los padres de Tom me informaron de dos cambios. El primero tenía que ver con el creciente interés de Tom en hacerse más sociable y tener amigos. Hasta había invitado a un compañero de colegio para jugar. Sin embargo los padres estaban perplejos por cómo Tom podía abruptamente parar de jugar con su amigo y comenzar a leer una revista de *comics*, como si su amigo hubiese dejado de existir. El segundo cambio tenía que ver con atormentar y molestar a su papá. Tom comenzó a tratar a su papá de flojo y boludo y estas provocaciones eran difíciles de tolerar. Esto me mostró que junto con las tendencias esquizoides de Tom a retraerse, se estaba volviendo ahora más activamente competitivo, denunciando sus esfuerzos incipientes de re-elaborar sus conflictos edípicos con su padre, aunque todavía dentro del modo esquizo-paranoide.

Me enteré que la socialización de Tom se basaba en gran parte en jugar a ser el payaso de la clase y su amigo más cercano era otro chistoso inmaduro. Un camino adicional para asociarse con sus pares comprendía la colección de revistas de *comics*. Un día Tom anunció con orgullo que había traído algo para mostrarme. Sacando con cuidado la revista de su sobre de plástico protector, Tom me presentó al Juez Dread (*Dread: Pavor*). El Juez Dread era un medio-vigilante, un auto-nombrado cuidador de la ley del futuro, en un momento donde la mitad del país había sido reducida a escombros radioactivos y la otra mitad estaba poblada por despiadadas pandillas errantes. Le pregunté a Tom qué le gustaba del Juez Dread. Tom replicó: “El Juez Dread es duro, pero es justo. Si estropeás, pagás el precio. Me encantaría ser como el Juez Dread”. Mientras escuchaba a Tom me dije a mí mismo que el razonable, liberal padre de Tom iba a ser puesto a prueba seriamente.

Mientras que representaba los nuevos esfuerzos de Tom para su identificación masculina y la búsqueda de lo que Lacan (1960) llama el *nom de père*, el *comic* también representaba un compromiso socialmente tolerado entre la fantasía y la realidad. Pensé que ilustraba un espacio transicional entre el fantasear disociativo de la pseudología fantástica y la capacidad de tolerar el dolor psíquico. El dolor psíquico de Tom estaba relacionado con la desilusión que sigue inmediatamente a la renuncia de la omnipotencia infantil. Ahora podía aceptar su anhelo de tener fuerza y poder a través del ideal del Juez Dread.

En los meses siguientes Tom comenzó a contarme un poco más sobre su vida real. Las historias continuaron, pero estaban entremezcladas con lo que yo entendía eran eventos reales y preocupaciones auténticas. Me enteré de los amigos de Tom en el colegio, y las niñas comenzaron a figurar en forma prominente. Apareció la tristeza cuando me contó de su primer novia que sin aviso se había alejado. Esto había sucedido hace algunos años y Tom todavía la extrañaba. Siguiendo esta historia conmovedora Tom agregó, como era su costumbre, que le había dado un colgante de diamantes de diez quilates increíblemente bello. Pensé que el agregado de Tom de la entrega del exquisito regalo reflejaba su insuficiencia narcisista, su deseo de tener algo de valor que ofrecer. Ya que había tan poco para dar de él mismo, debía encontrar un sustituto. La pseudología fantástica de Tom, muchas de las “joyas” que sabía que yo disfrutaba, eran sin duda en parte un regalo para mí.

La ansiedad sexual de Tom entró en erupción un día en que entró en mi consultorio en pánico, y contó excitadamente que un coche sedan negro lo estuvo siguiendo todo el día. Lo vio cuando llegó al colegio, después del colegio y hasta camino a mi consultorio. No parecía estar aquí ahora, pero Tom rápidamente miró por la ventana para asegurarse. Lo extraño era que Tom no podía pensar en nada malo que hubiese hecho que pudiese llevar a que alguien lo persiguiera. Arriesgué que por ahí su preocupación se debía a pensamientos y sentimientos escondidos que lo preocupaban. Tom contestó que realmente no pensaba que fuese eso, que los únicos sentimientos escondidos que tenía eran sobre las chicas.

Esta rara admisión pareció indicar la disposición de Tom de abordar sus preocupaciones sexuales, y señaló un cambio importante en su capacidad de reconocer y tolerar el conflicto intrapsíquico. Había comenzado a asumir responsabilidad por sus contenidos psíquicos y a sentir el conflicto simbólicamente, no obstante, de un modo limitado. Es interesante darse cuenta que el surgimiento de elementos paranoides en las fantasías de Tom representa un desarrollo que lo aleja del no relacionarse disociativo. Giovacchini (1990) señala que el uso de la proyección es una defensa relativamente sofisticada que indica más relación de objeto que los mecanismos disociativos.

La pseudología fantástica de Tom comenzó ahora a incluir

sexo y también lucha. Uno de los primeros cuentos tenía que ver con un amigo que vivía en un castillo con su madre divorciada. Tom y su amigo se arrastraban por pasajes laberínticos secretos para espiar dentro del dormitorio de la madre de su amigo, y allí mirar a la madre teniendo relaciones sexuales con su joven novio. En una ocasión no estaba disponible el novio y ella lo presionó a Tom para que le haga el servicio. ¿Cómo podía negarse? Después de todo, era la madre su amigo. Tom se puso tres condones, los aseguró con bandas elásticas y se largó a hacerlo.

Comenté que era un gran trabajo para hacer. Tom respondió que realmente quería ayudar a la madre del amigo, a pesar de que había una chica en el colegio en la que estaba interesado. Pensé que las interdicciones edípicas de Tom y la lucha con lo que Blos (1979) llama la poderosa madre pre-edípica, contribuyeron en este intento contrafóbico de escaparse de su atracción por el realmente disponible y menos asustante objeto de amor, la chica del colegio.

La expresión de las preocupaciones de Tom a través de la pseudología fantástica representaban otra faceta de sus esfuerzos para re-elaborar los conflictos edípicos. Anteriormente en el tratamiento estos conflictos habían sido oscurecidos por ansiedades más primitivas que tenían que ver con sus sentimientos acerca de sí mismo como sujeto, en otras palabras, preguntas sobre la existencia misma. Aunque a estas ansiedades les había dado una forma sexual y aparecían como ansiedad de castración, consideré que eran mucho más primitivas y caóticas que la ansiedad edípica. En mi opinión se las podía pensar mucho más correctamente en términos de la ansiedad primitiva de castración de McDougall (1985). Ahora que Tom estaba más seguro de su identidad subjetiva, tenía una base desde donde hacer frente a la conflictiva edípica.

Tom comenzó a contarme sus teorías sexuales. Existía esta mansión tipo *Playboy* donde innumerables chicas se apoltronaban entre los juncos esperando a quien quisiera tener relaciones sexuales. En algunas de ellas el himen hasta volvía a formarse. Por lo general, explicaba Tom, siempre es mejor que el hombre sea más joven que la mujer, ya que el pene del hombre crece a medida que aumenta su edad. Si el hombre es demasiado mayor que la mujer, entonces su pene va a ser demasiado grande para su vagina, y a ella le puede doler. Pensé que con esas teorías Tom

nunca iba a tener que enfrentarse con los aspectos de la lucha edípica con su padre. La carrera terminaba desde un comienzo, ya que su pene nunca crecería tanto como el de su padre. Y como el padre de Tom era más joven que la madre, se evitaba la preocupación de pensar que el pene de su padre pudiese dañar a su madre.

A medida que emergían estas fantasías sádicas de la escena primaria Tom me contó de su trabajo repartiendo las toallas a sus compañeros de clase al salir de las duchas del gimnasio. Esta actividad le proporcionaba amplias oportunidades para comparar los tamaños de los penes y sin mucho titubeo Tom me contó que le preocupaba que su pene fuese demasiado pequeño. Le dije que podía comprender cómo realmente quería ser tan hombre como los otros muchachos. Pero que quizá ver su pene como pequeño también era tranquilizador. Lo podía alejar de pensar acerca del dolor que el coito le podía causar a la mujer.

Alrededor de esta época los padres de Tom me informaron que estaba portándose de un modo sobrador y desagradable con su madre. La relación cercana que tanto había disfrutado su madre se veía perturbada por las burlas y las tomadas de pelo de Tom. Esta relación se puso aún más a prueba cuando Tom fue acusado, y luego confesó haberlo hecho, de escribir malas palabras con lápiz de labios en las paredes de una iglesia donde ensayaban una obra de teatro con su clase. Después de habérselas por muchos meses con su padre, Tom parecía estar ocupado ahora en luchar para crear distancia con su madre. Con la emergencia franca de fantasías incestuosas, su conducta era visiblemente un esfuerzo para apartar una intimidad anhelada pero ahora prohibida con ella.

A más de dos años de tratamiento sucedió un hecho importante. Tom me estaba regalando con sus últimas travesuras en el colegio. El y sus amigos habían formado una cuña voladora perfecta con sus bicicletas y habían segado a la directora cuando estaba cruzando el campo de atletismo. Le dije que era realmente sorprendente que él y sus amigos pudiesen hacer que la cuña quedara perfectamente ajustada. Por primera vez, Tom contestó que en realidad no era una cuña voladora perfecta, pero que tuvieron éxito en tirar a la directora al piso. Aproveché esta oportunidad para preguntarme con Tom qué era lo que lo había llevado a agregar ese poquito de exageración. Contestó que no

estaba seguro, pero que a veces inventaba cosas por el estilo. Lo hacía sentirse especial. Cuando le pedí a Tom que continuara, dijo que no podía, y me dijo que se había cerrado. “Es como las paredes de Troya. Se cierran, y eso es todo.”

Aún cuando este momento de actividad interpretativa duró muy poco, creo que marcó un punto de inflexión en su tratamiento. Comenzamos a discutir su pseudología fantástica abiertamente, y él nos proveyó de una importante metáfora, las “paredes de Troya”. Las paredes de Troya parecen ser una metáfora acertada no solo para el cerrarse de Tom, sino también para su falso self rígido, construido para protegerlo de la invasión y de lo que lo pudiera afectar. Y por supuesto el Caballo de Troya en sí mismo era una ‘mentira’.

En los meses que siguieron me enteré cada vez más por Tom de su vida en la casa y en el colegio. Discutimos la relación con su hermana, con sus padres, con su abuela y por qué el colegio era tan difícil. Las paredes de Troya se abrían y se cerraban, y sus historias continuaron, aunque ahora el equilibrio se había volcado más hacia la realidad. La pseudología fantástica de Tom había perdido su cualidad extrema, exagerada y se había vuelto, podríamos decir, más sublimada. Los padres de Tom lo anotaron en un colegio privado y sus notas comenzaron a mejorar. Todavía seguía portándose en forma desafiante en la casa.

Un tema principal en la pseudología fantástica de Tom de ese período comprendió un gran número de chicas que estaban realmente locas por él. Su único problema era cuál elegir. En cuanto elegía una, otra lo necesitaba. Lo que más parecían necesitar de él era el consuelo que les podía proporcionar y un hombro sobre el que llorar. Por semanas Tom contó sus encuentros en el colegio con una chica detrás de la otra, dramáticamente ilustrado por gestos de retorcer su camisa empapada de las lágrimas de ellas. Estaba especialmente preocupado por una chica que parecía estar muy deprimida. Tom me hizo una propuesta. ¿Querría yo ser su consultor psicológico para ayudarlo con esta amiga perturbada? Le dije que me gustaría mucho ese trabajo y le dije que le iba a enseñar las cosas que yo sabía.

Le dije a Tom que para ayudar a alguien primero es necesario comprender eso mismo en uno mismo. ¿Alguna vez se sintió deprimido? Tom respondió que a veces se sintió así, y de este modo introdujo su propia vida afectiva como foco de la investi-

gación. A medida que discutíamos a su amiga me pregunté en voz alta si Tom habría sentido alguna vez que alguien cercano a él se sintiese infeliz. ¿Quizá su mamá? Tom se sorprendió por mi pregunta y dijo: “Por supuesto que no. Siempre está contenta, excepto cuando está enojada conmigo”. Aunque me había dado cuenta desde hacía mucho que la probable depresión de la madre de Tom era un factor importante en su manera de relacionarse con las chicas, esto todavía parecía estar encerrado lejos, detrás de las paredes de Troya.

En mis encuentros con los padres de Tom ocurrieron ciertos cambios. Tom continuó mejorando académicamente, molestaba menos a su hermana y tenía muchas más relaciones sociales. Sin embargo, por momentos parecía estar sumido en su propio mundo y desconectado de los otros. Las provocaciones a su madre y a su padre habían continuado, aunque existían islas crecientes de tranquilidad.

En el tercer año del tratamiento emergió una pieza crucial del rompecabezas familiar que me ayudó mucho en la comprensión de la pseudología de Tom. Tom entró en el consultorio, se sentó, y con indiferencia me contó que recién se había enterado por sus padres que el padre de su madre, muerto hace mucho, se había suicidado con una bala en la sien. Hasta entonces le habían hecho creer a Tom que su abuelo se había muerto de un ataque al corazón, pero ahora la verdad salió, más de una década después. Tom no comprendió por qué sus padres pensaron que era algo tan importante. Más aún, estaba enojado con su abuelo porque eso le hacía a Tom mucho más difícil conseguir que le permitieran disparar.

Pensé acerca del intenso interés de Tom por los rifles, y que probablemente era una respuesta al saber inconsciente de este fantasma en la familia. Le pregunté cuándo se había muerto este abuelo. Tom dijo que hace mucho, cuando vivían en Europa. El no sabía lo que estaba sucediendo porque sólo tenía dos años. Tom agregó: “Pero todavía tenemos el rifle. Es con el que siempre quería ir a cazar”.

Esta información importante me permitió reconstruir para mí las condiciones que contribuyeron a la pseudología fantástica de Tom. Antes que nada, el hecho de que los padres nunca me hayan comunicado la muerte del abuelo en las entrevistas sugiere que se defendían masivamente contra esto. Su madre debe haber nece-

sitado ejercer una negación extrema, y estuvo sin duda muy deprimida durante el tercer año de Tom, un período del desarrollo que se caracteriza en parte por la lucha para resignar la omnipotencia. La respuesta de Tom fue el redoblar sus esfuerzos de mantener la omnipotencia en vista de la depresión de la madre y de la desilusión prematura que debió haber sufrido. Elegir una forma elaborada de mentir como leitmotiv de su constelación defensiva se volvió demasiado claro, como lo fue su atracción y deseo de curar a chicas perturbadas, deprimidas.

Como lo han señalado McDougall (1985) y Ogden (1990), la resolución del complejo de Edipo del varón depende al principio no tanto de la disponibilidad del padre sino de las actitudes inconscientes de la madre hacia su propio padre, como también hacia la masculinidad y la hombría potencial de su hijo. Los esfuerzos masculinos de Tom se complicaban mucho por los miedos y las comunicaciones inconscientes de que el logro de la hombría estuviese plagada de peligros letales potenciales de su madre. Los intentos de parte de la madre de revivir al padre a través de Tom se evidenciaron aún más al compartir un ala separada de la casa con su abuela.

El tratamiento de Tom experimentó un cambio significativo luego de que esta pieza de la historia cayera en su lugar. Los padres de Tom pudieron hablar sobre contarle esta novedad. ¡Qué alivio fue que la verdad se supiera finalmente! La identificación de la madre con Tom y su propio padre emergió más claramente en su miedo a que la verdad pudiese llevar a Tom a deprimirse seriamente y quizás a suicidarse. Recordé lo difícil que había sido para la madre dejar de escribirle los deberes a Tom. Su preocupación acerca de que eso lo hiciera empeorar la llevó a perpetuar otra mentira: que el trabajo de Tom era de él.

Tom ahora comenzó a apoyarse cada vez menos en su pseudología fantástica, hasta que al principio de su cuarto año de repente me di cuenta que ya no estaba presente. Había encontrado una novia y esto ocupaba gran parte de nuestro trabajo. Hablaba abiertamente de sus sentimientos conflictivos con sus padres, pero parecía tener muchos más momentos productivos y de intimidad, especialmente con el padre. Tom ahora se sentía orgulloso de ir a pescar con su padre, o de acompañarlo en su trabajo, aunque en el lugar de trabajo todavía trataba de actuar como el jefe. Una tregua endeble se había desarrollado entre Tom

y su madre, y Tom creía que mientras su padre lo apoyaba con su novia, su madre no lo hacía. Sin embargo Tom y su madre parecían llevarse cada vez mejor.

Hacia la mitad del cuarto año mencioné la terminación; la tarea escolar de Tom había mejorado significativamente, tenía amigos y ya no estaba atormentando a su hermana. Aunque persistían algunas tensiones entre Tom y sus padres, yo sentía que éstas eran en su mayor parte conflictos típicos de la adolescencia y que Tom ya era mucho más capaz de enfrentarlos solo.

Al principio Tom se sintió triste cuando supo que íbamos a terminar. Dijo que iba a extrañar nuestras charlas, ya que había llegado a depender de mí para consejo y apoyo. Por otro lado tendría dos tardes más libres para estar con sus amigos. Nuestro trabajo se centraba en su vida cotidiana y surgió el tema de las despedidas. Nuevamente Tom me contó de la novia que había perdido hace años. Era muy parecida a él, rubia y de ojos azules y muy linda. Se acordó que le había dado ese colgante barato de imitación de diamantes que había sacado de una máquina expendedora de chicles.

Le dije que era interesante escuchar su historia ahora, ya que años atrás cuando hablaba de ella había dicho que le había dado un diamante de verdad. Tom sonrió y dijo: “Sí, me acuerdo cuando solía contarle todas esas historias. Hubo algunas realmente buenas”. Estuve de acuerdo y me pregunté en voz alta qué pensaba de todas esas historias ahora, a la luz de todo el trabajo que él y yo habíamos hecho. Tom hizo una pausa y me dio su respuesta: “Yo no pensaba que tuviese nada realmente valioso para contarle. Mi verdadero yo era tan aburrido, como si estuviese sentado en una habitación sin nada adentro. Usted se hubiese aburrido. De modo que inventé todas esas cosas fantásticas. Era mucho más interesante que el verdadero yo.”

Dieciocho meses después de la terminación recibí un llamado de la madre de Tom diciendo que él me quería ver. Tom tenía casi la misma altura que yo, con un corte de pelo a la moda, y vestido en el cuidadoso estilo descuidado de un video de rock. Me contó que le iba bien en el colegio y que tenía planes para el futuro. Iba a hacerse cargo y a expandir el negocio del padre. Sin embargo estas ideas estaban en sus etapas iniciales y todavía no le había dicho nada a su padre.

A la larga Tom contó qué lo traía. Tenía un problema. Desde

hacía seis meses tenía una novia, y me mostró con orgullo una fotografía que tenía en la billetera. Era algunos años más grande que él, y estaban muy enamorados. Su padre pensaba que ella era bárbara, pero a su madre no parecía gustarle mucho. Todo esto no era demasiado importante. El problema tenía que ver con otra chica, una recién llegada al colegio que no era popular y tenía sobrepeso, de la que Tom se hizo amigo. Le daba lástima y quería cuidarla. Ahora tenía un gran metejón con él y aunque él tenía esta otra novia, estaba preocupado pues no quería lastimar a esta amiga del colegio diciéndole que no estaba interesado. ¿Podría yo ayudarle?

Le dije a Tom que ciertamente los dos conocíamos este problema, y mencioné su orgullo de ofrecerle su hombro a tantas chicas desdichadas. Ahora su dilema era cómo cuidar a su amiga en una forma caballeresca y al mismo tiempo seguir fiel a su deseo por su novia. Tom sonrió ampliamente con mis palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo que podía contar conmigo para saber cuál era el problema. Seguí diciendo que en nuestro trabajo pasado, aunque habíamos cubierto mucho territorio, quizá no habíamos explorado totalmente su necesidad de cuidar a mujeres desdichadas.

Tom dijo que ése era exactamente el problema, y que quizás podría comenzar a venir nuevamente. Les iba a preguntar a sus padres. ¿Podría venir quizás semana por medio? Aunque estaba tentado de urgirle a Tom intensamente que volviésemos a nuestras sesiones regulares, por respeto a su independencia y aparente motivación le contesté que podía comenzar de nuevo con la frecuencia que él quisiese. Al despedirnos, Tom dijo que me iba a llamar. Han pasado muchos años desde nuestro último encuentro y no he vuelto a saber de él.

Después de la sesión pensé que finalmente Tom estaba motivado para enfrentarse con lo que había sido una cuestión preponderante a lo largo de su tratamiento: el papel que la madre deprimida y necesitada jugaba en su mundo intrapsíquico. Aunque esta relación internalizada sufrió cambios significativos durante nuestro trabajo, algunos elementos fundamentales parecían requerir un objeto extra-transferencial, que ahora proveía su novia, para que salieran a la luz. El hecho de que Tom haya venido con una pregunta indicaba que su capacidad para la autoobservación y la reflexión estaba bien establecida. A través de su

trabajo Tom había internalizado lo que André Green (1977) llama el objeto analítico, ese espacio intermedio entre el paciente y el analista que permite el auto-análisis.

CONCLUSION

La pseudología fantástica de Tom funcionó en primer término para mantenerle un sentido de identidad subjetiva. Lo protegía contra las ansiedades esquizo-paranoides, y él no lo sentía como metafórico. Más bien, los mecanismos disociativos y esquizoides que dominaban sobre la creatividad lo dejaban incapaz de generar y jugar con distintas capas de significado. Su mundo de fantasía era concreto e hiper-real. De modo que no había posibilidad de invitarlo a observar e interpretar sus historias. Yo debía proveerle un medio ambiente terapéutico de sostén y contención (Bion, 1962; Winnicott, 1954), abrazar incondicionalmente su fantasía-realidad controlada omnipotentemente y compartirla con él, permitiéndome por momentos estar totalmente convencido de ella. Sólo entonces existió la posibilidad de desarrollar una ilusión creada mutuamente a través de la cual la pseudología fantástica podía volverse metafórica. Con el surgimiento del espacio potencial, el sentido de Tom de una identidad subjetiva se volvió más seguro, permitiendo una dialéctica más equilibrada entre fantasía y realidad. Su tratamiento pudo entonces continuar con la exploración de los conflictos pre-edípicos y edípicos típicos de la adolescencia.

BIBLIOGRAFIA

- BION, W. (1962) *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós, Buenos Aires, 1966.
- BLOS, P. (1979) La etapa inicial de la adolescencia en el varón. En *La transición adolescente*. ASSAPPIA, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1981.
- BOYER, L. B. (1990) Countertransference and Technique. En *Master*

CHARLES W. DITHRICH

- Clinicians on Treating de Regressed Patient*, ed. L:B. Boyer & P. Giovacchini. New Jersey: Jason Aronson.
- FENICHEL, O. (1939) The economics of pseudología fantástica. En *The Collected Papers of Otto Fenichel*, Second Series. New York: Norton, 1955.
- GIOVACCHINI, P. (1990) The holding environment: conscious and unconscious elements in the building of a therapeutic framework. En *Master Clinicians on Treating de Regressed Patient*, ed. L:B. Boyer & P. Giovacchini. New Jersey: Jason Aronson.
- GREEN, A. (1977) Potential space in psychoanalysis: the object in the setting. En *Between Reality and Fantasy: Transitional Objects and Phenomena*, ed. S. Glonick, L Barkin & W. Muensterberger. New York: Jason Aronson.
- KHAN, M. (1983) Secret as potential space. En *Hidden Selves*, New York: Int. Univ. Press.
- LACAN, J. (1960) Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2*. México: Ed. Siglo XXI, 1984 pgs. 773-807.
- MCDUGALL, J. (1985) *Theaters of the Mind: Illusion and Truth on the Psychoanalytic Stage*. New York: Basic Books.
- OGDEN, T. (1990) *The Primitive Edge of Experience*. New Jersey: Jason Aronson.
- WINNICOTT, D.W. (1954) La posición depresiva en el desarrollo emocional normal. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Laia.
- (1960) Ego distortion in terms of true and false self. En *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*. London: Hogarth Press, 1965.
- (1971a) Sueños, Fantasía y Vida. En *Realidad y Juego*: Barcelona: Gedisa (1972).
- (1971b) El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones. En *Realidad y Juego*: Barcelona: Gedisa (1972).

Traducido por Beatriz Schechter.

Charles W. Dithrich
e-mail: dithrich@ix.netcom.com